

RAMÓN LÓPEZ VELARDE EN VENADO

Por Elisa García Barragán y Luis Mario Schneider

A escaso tiempo de obtener su título, López Velarde recibe el nombramiento de Juez de Primera Instancia en el pequeño pueblo de Venado en el propio Estado de San Luis Potosí. Hizo el viaje para ocupar su plaza probablemente por el 11 de octubre, y su estancia definitiva en el lugar no excedió los tres meses. Por documentos hallados, se verifica que en el mes de noviembre ya ejercía funciones en ese juzgado. Por ejemplo, el 13 de ese mismo mes interviene en un juicio entre los vecinos José Lona y Prudencio Zamora, por lesiones mutuas producidas por riña, en la que se hallan complicados dos heridos más: Tomás Muñoz y Florencio de la Mora. Los rijosos, según consta en el expediente encontrado en el archivo judicial de San Luis Potosí, fueron aprehendidos en Ciudad Moctezuma, en el partido de Venado, en octubre de 1911, y el asunto pasa de inmediato a la tutoría del licenciado López Velarde, como se asienta en el acta del juicio.

Venado se localiza en un sector árido de la región potosina; sin embargo, el pueblo en sí es un oasis dentro del desierto. Huertas frondosas a orillas de un río caudaloso llenan de verdor el aire y el paisaje del pueblo, señoreado por una iglesia de estilo colonial. Casonas de un piso con ventanas de sobria herrería y grandes bardas rescatan para la intimidad bellos patios con macetones y arbolados jardines. Dentro de esta configuración se destaca la gran huerta que formara parte de una importante fábrica textil y que vivía su apogeo en la época que el poeta allí residía. La Plaza de Armas con su atractivo kiosco era el núcleo citadino y a la vez un amplio escenario de la sociabilidad. Venado como escenografía, como placidez provinciana, repercutió en los escritos de López Velarde, aunque en "La provincia mental"¹ describe la contracara "del pequeño infierno humano" que el pueblo representa:

En el lugarejo a que hoy me referiré, los polos mentales no eran el Jefe Político y el Cura. Acabado de salir de las aulas fui a aquella cabecera a ejercer una salomónica justicia de primera instancia, y desde luego descubrí que los polos mentales eran dos: Marcos F. Galván, comerciante

en ropa, y don Simón Puente, administrador del Timbre. Uno y otro trataron, desde el mismo día que llegué al pueblo, de ganarme a su partido, porque ganarme a mí equivalía a ganar al Juzgado. Don Marcos era Rousseau vendiendo franelas y muselinas, y don Simón era Sardá y Salvany cobrando impuestos. El señor Puente abrevaba con delicia en *El liberalismo es pecado*; el señor Galván hallaba su paraíso en los folletos del doctor don Agustín Rivera y en *Amores y Orgías de los Papas*. El administrador del Timbre estaba suscrito a *El Tiempo*; el comerciante a *La Patria*. Pronto perdieron los dos la esperanza de incorporarme a sus filas.

Los descendientes de Galván y de Puente aún recuerdan la pugna hegemónica entre ambos, y, en las charlas sostenidas con quienes respetan la memoria de López Velarde y reconocen el privilegio de que sus padres lo hubieran tratado, existe gran similitud —sin conocerlo— con lo medular del escrito "La provincia mental". En ese relato Ramón habla de otro personaje importante en Venado, el cura —don Juan Escanamé— que hoy día tiene fama de culto, santo, caritativo y de haber ejercido su ministerio con la entrega que éste requería. El cura actual muestra con cortesía la lápida de la tumba de Escanamé que se encuentra en el transepto de la parroquia. También forma parte de la leyenda de este cura la afición que tenía por el estudio de los planetas y las estrellas, y cómo en su telescopio, colocado bien fuera de la banqueta de la calle donde vivía o en el pequeño patiecito del segundo piso de su casa, este sacerdote con inquietudes científicas practicaba sus aficiones y su inclinación a la astronomía.

Para lo estrecho de la amistad que parece hubo entre el poeta y el clérigo, según dicen hoy los habitantes del pueblo, la imagen del sacerdote no es relevante en el relato, ni hay elogios para él, y sí, en cambio, una velada crítica a lo estrecho de su criterio:

El cura, tolerante y socarrón como el jefe político, me invitaba todas las noches a mirar las estrellas con un mal telescopio de su propiedad. Y mirábamos las estrellas desde el empedrado de la calle real, frente a la tienda de don Asunción Jaime; el cura en sotana y sin capa, en una cínica violación de las Leyes de Reforma, yo sin sombrero y faltando vergonzosamente a mi protesta de cumplir y ha-

¹ Ramón López Velarde. "La provincia mental", *El don de febrero y otras prosas*, prólogo y recopilación de Elena Molina Ortega, México, Imprenta Universitaria, 1952 p. 188-191.

* Fragmento del libro en prensa *Ramón López Velarde*. Álbum de Elisa García Barragán y Luis Mario Schneider.

cer cumplir los códigos fundamentales. Se prolongaban tales horas de pretensión astronómica, y don Marcos F. Galván y sus parciales se daban a gestas en presencia de aquel concordato a la mitad del arroyo. Se me tuvo por adicto al retroceso...

En otra mención al cura:

... En el púlpito de la parroquia, un clérigo, de los que sitiaron Alejandría en las cruzadas, se aventurará a afirmar que la escasez de lluvias es un castigo de lo alto por la maldad de los incrédulos y de los protestantes. (Alusión al vendedor de fideos y tallarines, que tapiza sus muros con carteles en que hay versículos del Génesis.)...

Es de entenderse que este joven recién llegado con su halo de solemnidad, vestido siempre de negro y con bombín y un cierto grado de engreimiento, reuniera en torno a su persona la atención de los "principales" del pueblo, y que él a su vez se refiriera a ellos con cierto retintín. Sin embargo, para López Velarde, el pueblo debió ser decepcionante, acostumbrado como estaba a un ambiente en el que se comentaba el *quid* político del momento, y en donde con sus compañeros de estudios podía hablar de la crítica literaria de la última publicación, o admirar las obras de arte de la capital del Estado; ahora se tenía que resignar a charlas insulsas y a un poco de alcohol. Él mismo comentaría que, después del deslumbramiento que su arribo a Venado causara, y en vista de que ninguno de los dos líderes de ese sitio lo ganó para su causa, la actitud hacia su persona dio un gran vuelco:

Don Simón Puente y los suyos me pusieron en entredicho a poco andar. Habían deliberado que mi juiciosa juventud no perdiese la misa de los domingos y que cultivase el trato del señor cura y que hubiera aceptado examinar, a fin de curso, a las niñas de la escuela parroquial. Pero toda mi pía fama se derrumbó. Dieron al traste con ella dos números de mi programa cotidiano: el empinar el codo, a la una de la tarde, en *La Favorita*, en compañía del Jefe Político, del coronel Medina y del dueño de la tienda, tres bebedores célebres, y el acudir a las nueve de la noche, a la cantina y a los billares de don Miguel Mendoza, masonete impulsivo y boquiflojo...

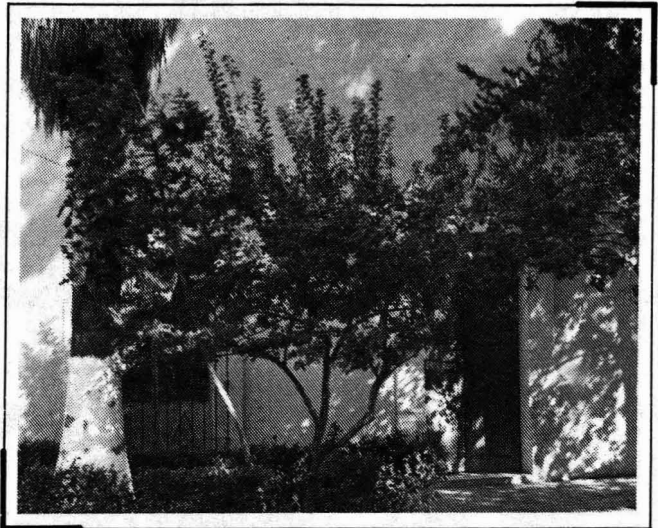
Ahora bien, descrédito y hastío no podían ser el remedio para su entusiasmo y mal congénitos, la admiración de la mujer, y por lo que ahora se cuenta y puede constatar en fotografías de esos años, había en Venado un ramillete de bellas muchachas que de inmediato cautivaron al poeta, o que quedaron prendadas de él. Son tantos los nombres de esas lindas jóvenes y la leyenda habla de tantas novias y pretendidas que parece increíble que el joven juez tuviera tiempo para dedicar poemas y misivas a todas las hermosas de Venado.

Mas al profundizar en la vida y la obra de López Velarde, se puede entender que esos tres o cuatro meses los vivió muy intensamente. En su práctica judicial —para serle tan desafiante la abogacía como se ha dicho—, los expedientes que ostentan su firma dejan traslucir un conocedor y correcto lenguaje jurídico y buen empeño en atender con justeza los

diversos asuntos de su ramo. Tal facilidad en el manejo de estos términos, bien pudo adquirirla siendo pasante de derecho con José Perogordo y Lasso, cuando éste era juez de lo penal en San Luis Potosí.

Por lo que toca al campo sentimental, el poeta revela que se repartió casi por igual en enamorada pasión entre aquellas hermosas criaturas del poblado:

Yo, en realidad, era adicto a María Jaime (que poseía una cabellera tenebrosa, como para ahorcarse en ella); a Teresa Toranzo (cuyos ojos, como esmeraldas expansionistas cintilaban, para mi ruina, entre los renglones de los autos de formal prisión); a Josefina Gordo (que se me aparecía en las demandas ejecutivas mercantiles); y a Lupe



Fachada del juzgado de Venado

Nájera (carilla anémica, voz de pésame y de canción gemebunda, y uno de los más graves riesgos de mi celibato).

Teresa Toranzo, dueña actualmente de la tienda más grande de Venado, ha pasado toda su vida ahí, y en larga entrevista platicaría a Guadalupe Appendini:

El licenciado López Velarde es una figura inolvidable; cómo no voy a acordarme de él, a pesar de tantos años transcurridos...

Cuando él llegó al pueblo, yo tenía catorce años y él fue el encargado de la entrega de premios en la Escuela Federal a la que yo asistía. También jurado, nos dio los diplomas y un abrazo.

Su aspecto era imponente, diferente a todos... Siempre andaba solitario. Se le invitaba a todas las fiestas y las muchachas estaban enamoradas de él; pero él era un hombre serio, parecía mayor... muy correcto, no daba molestia, ni era amante de hacer amigos.²

Otros nombres se barajan hoy día, y entre ellos suena mucho el de María Puente, hija de Simón Puente. Una de sus descendientes consanguíneas, Coral Noriega Toranzo, nos co-

² Guadalupe Appendini, *Ramón López Velarde. Sus rostros desconocidos*, México, Organización Editorial Novaro, pp. 76-77.



María Puente, segunda a la izquierda, primer plano

munica sin recato ni remordimiento alguno que, cuando era pequeña, ella y sus hermanos destruyeron jugando versos y cartas dirigidas por Ramón a María. Por su parte, con amorosa reverencia, una sobrina-nieta de Teresa, la señora Cantú, nos facilita algunas fotografías de María Puente y otra de Teresa Toranzo ya mayor, donde aparece en un conjunto de asistentes a una boda.

En cuanto a María Jaime, su hija Carmelita Calderón, a pesar de encontrarse enferma, nos cuenta que su madre "fue maestra", se tituló en San Luis Potosí antes de 1915 y que su tutor fue el licenciado Primo Feliciano Velázquez. Pero cuando se le interroga acerca de la relación o amistad entre María y Ramón, afirma que jamás recibió alguna confidencia en este sentido y que no obran en su poder cartas o poemas de López Velarde dirigidos a María Jaime.

La presencia del poeta en Venado no es ajena a los lugares actuales, que se sienten orgullosos de que haya vivido ahí. Gracias a la información de varios de ellos, entre otros, aparte de los ya citados, las señoras Yolanda Romo (*Yoyo*); Dolores Cossío de Solís, viuda de un tío del cura Juan Escanamé, María del Refugio Cossío de Montiel y el profesor Perfecto Hernández Manzanares, es posible reconstruir los pasos de López Velarde en ese apacible y monótono ambiente.

Vivía en la calle de Guerrero número 2, en el Hotel San José, "que era de don Margarito Patrón"; de ahí salía temprano para trasladarse a la oficina del juzgado, frente a la Plaza de Armas. Luego de tomar la copa en la cantina *La Favorita*, sita en la Plaza, iba a comer al hotel *Primavera*, que ya no existe (en su lugar está la Farmacia del Sagrado Corazón, en la misma calle de Guerrero), y de nuevo al juzgado. Por la tarde, al salir de su despacho, se dirigía a la Plaza para ver a las mozas e intercambiar con ellas poemas y miradas, y luego, en noches despejadas, a la casa de Porfirio Díaz número 2 con el padre Escanamé a escudriñar el cielo desde la terracita de la casa de éste, o al empedrado de la calle real; y si la noche era lúgubre, de nuevo a la cantina o a los billares de don Miguel Mendoza, cerca del Hotel *México*, sitios que ya no existen. Y, por supuesto, hacía constantes y solitarios paseos al río.

Toda esa rutina, sazónada por su vehementes enamoramientos y decepciones. El corrillo popular de las ancianas recuerda hoy día que "a Lupe Nájera le pareció muy poca cosa López Velarde". Y sin embargo, el poeta cuenta cómo ésta era entonces la mayor de sus inquietudes amorosas. Esa asiduidad para con las muchachas, a más de las costumbres expresadas por él mismo, no dieron buen resultado:

Mi misa dominical se tomó por irreverente cita con mis amigas; mi inteligencia con el párroco quedó en punible despreocupación; mi activo papel en los exámenes de la escuela parroquial fue explicado por la oportunidad de hablar con Lupe Nájera.

Si algo extrañó en Venado el joven juez fue la falta de comunicación con personas afines a sus gustos y pensamientos, lo que se advierte en la parte final de su relato:

Entrada la noche, la luz de la panadería y de la botica cor-

tará sobre la calle los cudrilongos de las puertas. Si hay luna, el ahorro municipal apagará sus faroles. En una trastienda se leerán las crónicas del Congreso Constituyente, en medio de una atención pasmada y de un silencio formal...

Todo se renueva en esas cabeceras de Guanajuato, de San Luis, de Zacatecas... Todo, sí, menos el pensamiento, que se modifica en una tradición feudal o se cristaliza en la ñoñez jacobina... yo no lo deploro.

Me alegre, porque es saludable asistir a los escenarios en que disputan el candor y la petulancia.

... A través de muchas ventanas, cerradas con un ajuste preciso, se oír el sordo caer de los padrenuestros y las avemarías. Nos sentiremos en un palenque vetusto, bajo



A orillas del río Venado

el que hierven creencias irreconciliables, próximas a estallar.

Teresa Toranzo y su hermano Camisiro insisten en que el poeta sólo estuvo unos cuantos meses en Venado. Ella piensa que López Velarde salió del lugar en febrero o marzo de 1912 y agrega que su partida:

fue un duelo general. En los pocos meses que estuvo entre nosotros y a pesar de su seriedad se hizo querer por todos; desde el señor cura hasta la persona más pobre, porque era bondadoso, afable y trataba de ayudar mucho.

Cuando estuvo aquí... escribió un libro que se llamó *Cosas de Provincia*, seguramente con lo que observó en este pueblo tranquilo...

Muchos años no supimos de él hasta que se reveló su nombre como el mejor poeta de México. Nos dio gran alegría, tanto por México como por los humildes potosinos de esta pequeña villa que tuvimos la oportunidad de tratarlo y quererlo.³

Tal vez el libro mencionado haya quedado tan sólo en ese sabroso ensayo —ya comentado— y en la revisión de la poesía reunida para su libro *La sangre devota*. ♦

³ *Ibidem*. p. 77.